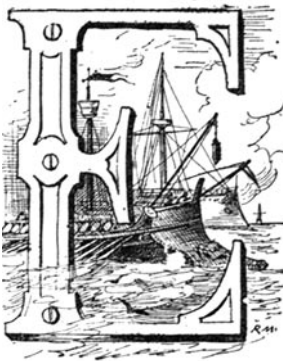


# EL ASCENSO DEL IMPERIO OTOMANO

David GARCÍA HERNÁN  
Catedrático de Historia Moderna  
de la Universidad Carlos III de Madrid



N efecto, tal y como remarcan las fuentes, tanto de la propia época como de lo mucho que se ha escrito sobre el tema por los historiadores en los cuatro siglos y medio que nos separan del hecho decisivo de Lepanto, una gran amenaza se cernía sobre la cristiandad con el ascenso del todopoderoso Imperio otomano. De hecho, se podría decir que, en realidad, a lo largo de la historia de todas las épocas, ha sido el único imperio de origen asiático que ha amenazado la Europa Occidental; algo ya, de por sí, bastante singular.

Como singulares eran también otras características de este gran poder que venía de Oriente y que, en el otoño de la Edad Media, ya presagiaba una nueva época de luchas y enfrentamientos en el Mediterráneo. No era la menor de esas singularidades su disposición geoestratégica, tan importante o más que su creciente expansión desde comienzos del siglo XIV. Estaría situado entre los tres continentes conocidos hasta ese momento a este lado del Atlántico: Asia, África y Europa, con todo lo que eso suponía de contacto de múltiples corrientes políticas, económicas, sociales y culturales. Y además, tanto por su posición geográfica como por sus fundamentos jurídicos y su idiosincrasia no se situaba, como veremos, en la línea de los imperios islámicos.

## Un imperio en expansión

El origen del Imperio turco se encuentra en el pueblo guerrero de los turcos osmanlíes, unas tribus nómadas que se habían emplazado al noroeste de Anatolia debido al empuje producido por la expansión de los mongoles. Los otomanos u osmanlíes, islamizados en el siglo XIII, serán, con el tiempo, la nueva fuerza del islam en detrimento de árabes y bereberes. Osmán fue el fundador de la dinastía, ya que era un *gazí* o guerrero de la fe, de la fe suní

dentro del islam. En poco tiempo, la dinastía otomana pudo extender su área de influencia política desde sus pequeñas posesiones situadas al noreste de la península hasta gran parte del Asia Menor. Osman logró importantes conquistas en Éfeso, Esmirna y Magnesia, que facilitaron a los otomanos el muy provechoso acceso al mar Egeo.

Su sucesor, Orkhán, consolidaría la supremacía turca osmanlí en el Egeo y en el mar de Mármara, tomando lugares tan señalados como Nicea o Nicomedia. El emperador bizantino Andrónico III intentó entonces contener el irresistible avance turco, pero fue derrotado en la batalla de Pelecano (1329). El sucesor de Orkhán, su hijo Murad, se apoderó de Adrianópolis e invadió Macedonia y Bulgaria. Una invasión que completaría, a su vez, su sucesor Bayaceto quien comenzaría una importante presión sobre Constantinopla a través de un bloqueo de suministros (que, de momento, fue salvado gracias a la ayuda veneciana), y quien terminaría la ocupación efectiva de toda la península de Anatolia a finales del siglo XIV. Los reinos europeos comenzaron, con razón, a preocuparse ya por el peligroso y hasta ese momento imparable avance del Imperio otomano.

Era evidente que la toma de Constantinopla iba a ser la prueba de fuego para saber si los turcos, que habían logrado superar los ataques del conquistador mongol Timur Lenk, seguirían siendo una temible alianza. Sería en el reinado de Mehmet II, quien acaudillaba un ejército de 80.000 hombres, cuando se daría el golpe final, a pesar de sus legendarias murallas, a la emblemática capital bizantina. Los bizantinos no pudieron soportar el ataque terrestre y naval, con el apoyo de una artillería pesada hasta entonces nunca vista. Se había eliminado el último reducto del ancestral Imperio romano, y comenzaba una nueva era. Nadie podría asegurar en aquel momento que al legendario imperio no le sucediera, con el tiempo, esta nueva fuerza del islam. Europa comenzaba a contener la respiración cuando miraba hacia oriente, el enemigo turco estaba ahí...

Bayaceto II, que gobernaría como sultán entre 1481 y 1512, consolidó el Imperio otomano y supo frustrar una rebelión safávida, pero los últimos tiempos de su reinado estuvieron marcados por el enfrentamiento entre sus dos hijos, Ahmed, el mayor, y Selim, quien finalmente le sucedería.

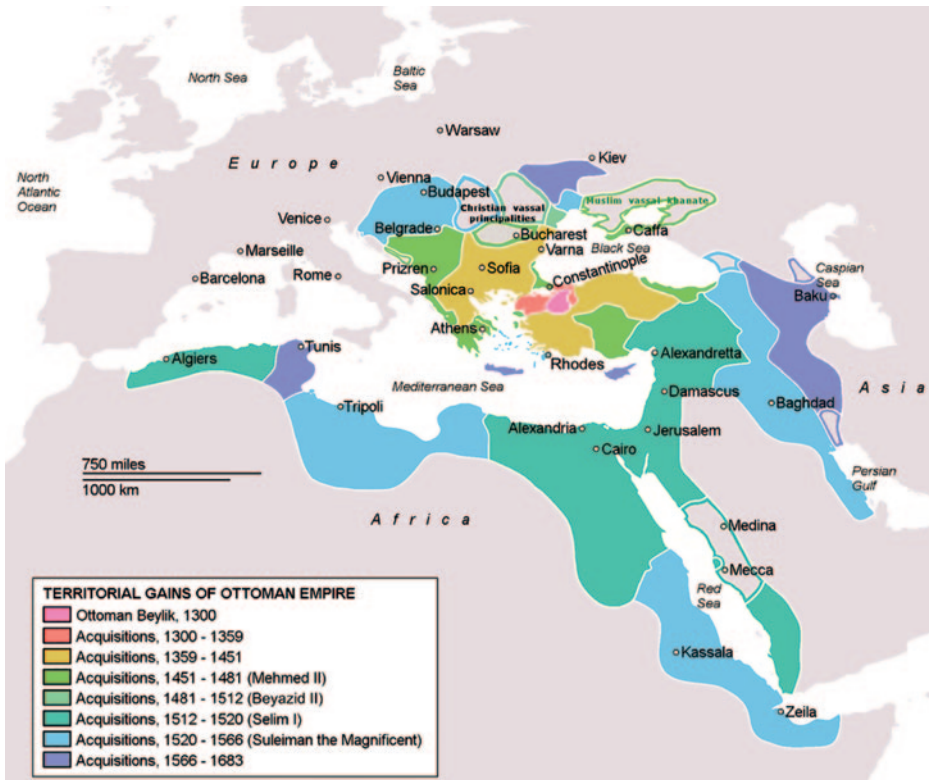
Con Selim I, pese a su relativamente corto reinado (1512-1520), se producen hechos fundamentales para la expansión del Imperio. Llegó al poder después de una buena gestión como gobernador (de Trebisonda), y con la aureola de excelente jefe guerrero que se ponía en persona al frente de sus tropas, además de hombre de vasta cultura. Fue apodado en vida como Yavuz el Terrible, no solo por las soluciones drásticas que daba a los problemas (en sus dos primeros años de gobierno, después de haber derrotado y ejecutado a Ahmed, se dedicó a exterminar a todos los miembros de la dinastía otomana que pudieran tener algún derecho al trono), como por la violencia que empleaba con sus subordinados.



Expansión territorial otomana en los siglos XIV y XV. (Fuente: [www.wikipedia.org](http://www.wikipedia.org))

Su campaña contra la Persia de los safávidas no se debe entender como una lucha entre dos estados nacionales, los turcos otomanos contra los persas safávidas, entre otras cosas porque estos apoyaban su potencia militar en las tribus turcas semi-nómadas, además de que el chiísmo de los persas estaba radicalmente en contra de la ortodoxia sunní de los otomanos. Con su afán centralizador y queriendo acabar con el exitoso envío por parte de los safávidas de predicadores chiítas a la Anatolia oriental, tomó la determinación de acabar con el sah de Persia con el envío en 1514 de uno de los ejércitos más potentes y efectivos de su tiempo, tanto por la calidad de sus armas como por la competencia de sus jefes. Tras la exitosa campaña, Selim ordenó ejecutar a los prisioneros tomados, después de haber hecho exterminar a unos 40.000 disidentes chiítas de Anatolia. Desde el punto de vista cultural, la toma de Tabriz supuso la emigración a Estambul de muchos mercaderes y artistas islámicos, lo que propició el esplendor cultural del reinado posterior de Solimán.

Posteriormente, las tropas de Selim se dirigieron contra el imperio de los mamelucos del Próximo Oriente y Egipto, que, a la altura de 1516, representaba la principal potencia del mundo islámico, y que no había colaborado como se esperaba en la campaña contra Persia. Su disposición geográfica impedía una comunicación directa entre las posesiones otomanas y suponía un obstáculo cara a futuras operaciones que se pudieran llevar a cabo de nuevo contra el Irán, toda vez que se sabía que el sah de Persia había hecho proposiciones al jefe de los mamelucos, Qanshu al-Ghuri. El ejército otomano se dirigió entonces al sur, derrotando en Marj Dabiq, cerca de Alepo, a los mamelucos. Y una vez que se cruzó el Sinaí, Siria y Egipto caerían fácilmente en poder de los otomanos. Los efectos económicos y políticos fueron enormes. Los ingresos de la rica tierra de Egipto harán del sultán uno de los soberanos más potentes económicamente del mundo, a la vez que, dominando tan importantes lugares santos del islam, incluyendo La Meca y Medina, se erigía en gran líder de la esfera de influencia musulmana



(Fuente: [www.wikimedia.org](http://www.wikimedia.org))

En 1519 el jerife de La Meca quiso hacer una alianza con los otomanos, y un corsario otomano, que había llegado a ser señor de Argel, presentó su sumisión al sultán. Se trataba de Jeredín Barbarroja, futuro gran almirante y verdadero fundador de la gran potencia naval otomana en el Mediterráneo.

Selim, autodenominado entonces «Protector del islam», había conseguido, a partir de un estado que estaba a punto de la desintegración, establecer un gran imperio (con el doble de territorios de los que había recibido), sobre tres continentes, erigiéndose en el único heredero de Bizancio y de Bagdad al mismo tiempo, y con la vista puesta en Irán y en la desaparición del sha. Un imperio que, a pesar de su evidente decadencia a partir del siglo XVII, se va a mantener por cuatro siglos.

### Las bases del poder otomano

El secreto para fraguar aquel inmenso imperio turco, además de los primeros logros militares, era el del éxito administrativo a partir de un sistema de impuestos que valoraba muy bien lo que cada parte del imperio podía aportar. Un sistema que hacía tributar desde el primer momento a las tierras recién conquistadas como base para su consolidación dentro del imperio. Ante la enorme cantidad de etnias, culturas y religiones de su enorme imperio, los turcos tuvieron que hacer un gran esfuerzo de centralización e integración. La cuestión era respetar las características de todas esas variantes, manteniendo una cierta unidad en la superestructura del imperio.

Los turcos asimilaron varias tradiciones jurídicas y, muchas de ellas completamente ajenas al mundo del islam, lo que obligó a sus dirigentes a hacer algunas concesiones que pusieron de manifiesto el pragmatismo de los dirigentes del nuevo estado. Se reconoció el derecho en vigor de los territorios conquistados, con tal de que ese derecho se considerara indispensable para el buen funcionamiento del Estado. Con este sistema, los sultanes sabían que iban a encontrar menos oposición entre los vencidos, además de que la economía imponía, en algunos casos, el respeto a las tradiciones jurídicas anteriores (por ejemplo, en las minas de oro y plata de los Balcanes). Eran, pues, también razones de tipo económico las que dictaban esta cierta tolerancia.

Todo esto limitó algo la capacidad de los soberanos otomanos para ostentar el poder como auténticos príncipes absolutos. Los turcos constituyeron unidades autónomas étnico-religiosas (que mantenían su propia lengua, religión y organización interna) denominadas *millet*. Su jefe, con importantes atribuciones en cuestiones de educación o justicia, por ejemplo, respondía de la lealtad de la comunidad ante la autoridad turca centralizada.

La población total del imperio se ha estimado para principios del siglo XVI en casi ocho millones de individuos. Y en ese estado multinacional y de diferentes religiones, los dirigentes y la ley fundamental eran obligatoriamente

islámicos. Ahora bien, no hubo por parte de la autoridad islámica una clara política de islamización a la fuerza de las poblaciones judía y cristiana. El porcentaje de jenízaros (tropas de elite reclutadas a base de cautivos cristianos) era ínfimo, comparado con la población total cristiana del imperio.

Por otro lado, su efectivo sistema de administración civil se completaba muy bien con su sistema de movilización de recursos para la guerra, incluso por encima de los complejos métodos de asientos y de reclutamiento cristianos. Hay que destacar aquí el *devshirme*, que gestionaba la incorporación de jóvenes no turcos al ejército, permitiéndoles incluso que llegaran a altos puestos del propio ejército o de la política.

Los más renombrados soldados turcos eran esas tropas de asalto llamadas jenízaros, que ascendían a unos 12.000 en el siglo XVI. Cristianos cautivos en su origen, como se ha dicho, se habían educado para la guerra en el palacio del sultán y eran, junto con los tercios españoles, las fuerzas escogidas más importantes de entonces en todo el mundo. Por sus servicios, podían ser recompensados con un *timar* (dominio territorial) y tenían la posibilidad de ascender a los puestos más altos de la administración.

Los llamados *siphais* eran también fuerzas de choque, esta vez de caballería, que tenían sus propios cuerpos de ingenieros y de artillería; y, desde luego, muy compactas y efectivas.

Tanto los jenízaros como los *siphais* eran llamados los *askeri* (soldados y oficiales que estaban exentos del pago de impuestos), que empuñaban armas que nada tenían que envidiar a las de los cristianos. Incluso, los arcabuces de los turcos eran de cañón más fino, pero mucho más alargado, lo que les hacía tener una cierta mayor precisión en los disparos lejanos. Las armas que no eran de fuego carecían del inmenso potencial de la pica española, pero los alfanjes y sables turcos estaban entre los mejores aceros del mundo. Y, sobre todo, hay que destacar a los arqueros, que se constituían en el arma más masivamente empleada por el ejército otomano.

Por otro lado, los turcos comprendieron pronto la importancia de la artillería y la utilizaron con profusión. Como sus conocimientos técnicos no eran lo suficientemente avanzados, los sultanes reclutarían especialistas alemanes, que suministraron estas terribles armas tanto al ejército como a la Armada. Ésta última, para su navegación en el Mediterráneo y mares adyacentes utilizaba la galera. El número de estas embarcaciones fue creciendo a lo largo del siglo XVI hasta una cantidad verdaderamente impresionante (se podían llegar a juntar más de 300 galeras para una operación), por los recursos que tenía el imperio. La base naval por excelencia era Gallípoli, y su gobernador ocupaba también el puesto de gran almirante de la Marina imperial.

De esta forma, el Imperio otomano podía presentar en los campos y mares de batalla una máquina de guerra que, en la mayoría de las ocasiones, era muy superior a la de sus enemigos potenciales. Y, en muchas ocasiones, cuando los turcos habían dejado atrás los métodos medievales, sus enemigos se encontra-



ban todavía en el pasado; y es así como, por ejemplo, sucumbieron los safávidas de Persia y los mamelucos de Egipto, a principios del siglo XVI, a este gran poder.

El sultán se situaba en la cúspide política de todo este conglomerado de pueblos bajo una estructura estatal. Su poder en teoría era absoluto, tanto en lo administrativo (aunque debía respetar las diferencias mencionadas), como en lo religioso (califa o legítimo sucesor de Mahoma). De hecho, al sultán turco se le va a considerar como el restaurador simbólico del califato abasí. Ahora bien, un gran problema era su carencia de una bien definida estructura sucesoria, que no establecía un claro derecho de primogenitura. Las intrigas y las conspiraciones estuvieron, entonces, a la orden del día, como podemos apreciar en determinados casos en estas páginas.

Al sultán le asesoraba un consejo o *diván*, al que asistían los *visires*, una especie de ministros. En el *diván* tenían entrada el juez del ejército, algunos gobernadores de regiones importantes, el jefe de la cancillería imperial, el comandante en jefe de la marina imperial y el de los jenízaros. El primer ministro era el denominado gran visir, que, por supuesto, formaba parte del *diván* y fue un cargo que ostentaron muchos hombres de talento. En las cuestiones hacendísticas tenía mucha importancia el impuesto individual que pagaban los infieles (impuesto de tolerancia religiosa), la célebre, *jyziah*, así como los derechos de aduana.

En cuanto a la administración territorial, el imperio fue dividido en más de noventa circunscripciones o *sanjaks*, un tercio de ellas en Europa y los dos tercios restantes en Asia. Al frente de cada una de estas provincias estaba un *sanjak bey*, que era el jefe militar de la circunscripción y controlaba la administración económica y la actividad urbana. También debía inspeccionar la administración de justicia y tenía, asimismo, un pequeño *diván* para apoyar sus labores de gobierno. Alrededor de estas instituciones había un cierto número de agentes que controlaban la aplicación de las leyes, y se encargaban de que se asegurara la presencia del Estado en todos los territorios del inmenso imperio.

Otra prueba del gran pragmatismo de la administración otomana es que, con objeto de administrar lo mejor posible los ingresos del Estado, la elaboración periódica de censos (se conoce la existencia de alguno anterior incluso al siglo XV), permitía al gobierno seguir la evolución de la situación económica hasta sus detalles. El arrendatario de impuestos, llamado *amil*, se ocupaba de la recaudación, pero debía responder de que iba a realizar bien su misión a través de varios avalistas. Un inspector de finanzas controlaba, a su vez, la actividad del arrendatario de impuestos. El *muhtesib* controlaba, asimismo, que todo el mundo observara las disposiciones de los reglamentos vigentes en cuanto a impuestos.

Por su parte, la administración de justicia tenía dos dimensiones: la coránica y la civil, que se aplicaba en todas las cuestiones que no estaban previstas en el Corán. Esta última no podía estar en contradicción con la primera. Hubo,

no obstante, una progresiva secularización del derecho debido en gran medida a la abundante producción legislativa. Estos eran factores que, sin duda, contribuyeron también a la estabilidad del Imperio otomano.

Las actividades económicas se basaban en el cultivo de la tierra. Además, el ganado ovino era una actividad complementaria importante, que permitía el abastecimiento de carne para la población musulmana, mientras que el porcino hacía lo propio para la cristiana. Los principales productos de la tierra eran los cereales, las legumbres, las frutas, la vid, el olivo y las plantas textiles. En las ciudades, había pequeñas manufacturas como jabonerías, fábricas de velas, forjas, talleres de zapatería, etc., y también algunas ciudades tenían pequeñas artesanías de armas. Además, el medio urbano solía disponer de albergues, cabarets e incluso muchas tiendas que vendían todo tipo de artículos. Aunque, en líneas generales, la administración otomana —también hay que decirlo— va a ser incapaz de crear estructuras urbanas parecidas a las de Occidente.

En el medio rural, según la ley coránica, el sultán era el propietario de la tierra y del subsuelo. Pero, para asegurar la puesta en valor de los dominios, se cedían en usufructo a los campesinos, incluso, a veces, en dominio de propiedad plena. Eso sí, con la posibilidad de que, llegado un determinado momento, estas cesiones pudieran revertir otra vez, como hizo algún que otro sultán, en el soberano. Por otra parte, para poner en cultivo una tierra el campesino debía pagar a los funcionarios del Estado un determinado derecho, además de la décima parte de su cosecha y otra serie de impuestos sobre los molinos, el ganado, la pesca, etc. Incluso los matrimonios estaban sometidos al abono de un derecho.

A pesar del pago de todos estos derechos, el campesino no estaba sujeto a la tierra y podía abandonar su aldea cuando quisiera para buscar un futuro mejor en otra parte. Aunque una minoría de campesinos, los *ortakchî*, no disponían de esa libertad de movimientos. Además, había otra categoría social más elevada en el campo, los llamados *timariotes*, a los que se cedía una tierra con los derechos y tasas incorporados a ella, teniendo la obligación del servicio militar y de la puesta en valor de su *timar*. El Estado se aseguraba así la disposición de una caballería (en 1475 los efectivos de los *timariotes* llegaron a alcanzar los 40.000 hombres) al tiempo que la explotación de un dominio agrícola. Los *timariotes* estaban divididos en varios grupos según la importancia del ingreso anual que les concedía el Estado.

La sociedad del Estado otomano no se puede considerar como la que en Occidente se entiende por feudal. Cada trabajador no era un siervo de la gleba, el *timariote* no era un propietario y no cultivaba sus tierras nada más que de manera circunstancial y a cambio de unos ingresos en su mayoría de carácter fiscal. Incluso se podría comparar con el simple campesino. El *timariote* recibía los ingresos fiscales en calidad de servidor del sultán y el campesino la tenencia de una tierra para asegurar, a través de los derechos debidos al soberano, la subsistencia del primero.





Palacio de Topkapi. (Fotografía facilitada por el autor)

Por otro lado, fuera ya del mundo esencialmente agrícola, los mineros formaban una categoría socio-profesional particular, habida cuenta de las numerosas explotaciones que, tanto en el marco rural como en las proximidades del urbano, abastecían al imperio de oro, plata, plomo y cobre.

La cultura va a gozar también de gran esplendor en el Imperio otomano. Esta época es, sin duda, su edad de oro y vestigios de ella se pueden encontrar por todas partes del imperio, especialmente en las grandes ciudades como Bagdad, El Cairo, Sarajevo o Argel. La arquitectura es realmente impresionante, como la mezquita de Al-Bakiriya, en Sanna (Yemen); o la no menos espectacular de Damasco. Aunque lógicamente, la mayor muestra del urbanismo y la arquitectura otomana es, lógicamente, la ciudad de Estambul. Una ciudad que parece ser que tenía la impresionante cifra de 700.000 habitantes en la primera mitad del siglo XVI, rodeada por una muralla de unos siete kilómetros. Dentro, destacaba el gran complejo de Süleymaniye, con su magnífica mezquita, el palacio imperial de Topkapi (el famoso museo de hoy). La puerta que daba entrada a este palacio (que era el alma del imperio), es también famosa por la denominación con que los europeos conocían también a los turcos, especialmente en el mundo diplomático, y que es utilizada hoy con profusión por los historiadores: la Sublime Puerta o, simplemente, la Puerta.



Sala del trono del Palacio de Topkapi. (Fotografía facilitada por el autor)

## La época de esplendor y el miedo en Occidente

La época de mayor esplendor político del Imperio otomano será la de Suleyman, que será conocido como Solimán el Magnífico, que gobernó el imperio entre 1520 y 1566. Este poderoso sultán, al principio poco conocido, pero al poco tiempo de acceder al trono respetado como soberano justo y clemente, va a consolidar la obra de su padre, asegurando la paz interior del imperio y extendiendo las fronteras de este a partir de los importantes medios bélicos de que disponía.

Al contrario que su padre, la expansión de Solimán se dirigió hacia occidente, contra sus enemigos más naturales, los «malhechores de Europa». A través de negociaciones, consiguió una normalización de relaciones con el sah de Persia y disuadirle de una posible acción contra el imperio otomano.

Poco después de ascender al trono, el sultán ofreció a Hungría el cese de las incursiones turcas que habían comenzado a cambio de que ésta se sometiese a tributo. Los húngaros se negaron con la esperanza de encontrar ayuda imperial en la Dieta de Worms, que se estaba celebrando en aquellos momentos, en 1521. Desgraciadamente para ellos, toda la reunión giró entorno a la reforma protestante y no pudieron obtener los húngaros los apoyos necesarios para evitar que Solimán se apoderase de Belgrado en ese mismo año; pérdida que quebraba de modo irremediable su línea defensiva meridional.

Los ingentes recursos del Imperio otomano permitían al sultán mantener varios frentes abiertos simultáneamente. De este modo, pudo tomar con una

operación combinada naval y terrestre, la isla de Rodas, bastión de los caballeros hospitalarios (que utilizaban como base de operaciones de piratería contra las líneas marítimas de suministro del imperio), lo que confirmó el dominio completo de los otomanos en las aguas orientales del Mediterráneo, una especie de lago turco ya por aquel entonces.

En su vertiginoso avance, los turcos van a tomar también Belgrado. Pero quizás el hecho más sobresaliente desde el punto de vista militar será la batalla de Mohács (1526), por la que los turcos invadieron Hungría y se pusieron en disposición de asaltar Viena. Es la llamada dirección continental o terrestre de la expansión turca en esta época.

Por aquel entonces, henchido de poder, Solimán destacaba su sentimiento de absoluta superioridad ante el monarca francés en sus primeros contactos diplomáticos (que se materializaron en una alianza, como han calificado los historiadores, contra natura). Escribía en 1526 a Francisco I:

«Yo, que soy el emperador de los emperadores poderosos, el príncipe de los príncipes, el distribuidor de las coronas de los reyes que están sentados sobre los tronos del mundo, la sombra de Dios sobre las dos tierras, el poseedor del mar Blanco y del mar Negro, el soberano de Asia y de Europa, de Carmania, de Grecia, y de todo el país de Alejandro *el Grande*, el señor de Diyarbakir, de todo el país de los kurdos..., de Persia, de Damasco, de Alepo, de Egipto, de la Meca y de Medina, de Jerusalén y de Arabia Feliz y religiosa y de [tantos] países conquistados por mis gloriosos ancestros...».

Solimán pondría cerco a la capital austriaca en dos ocasiones. Primero en 1529, con un potentísimo ejército de 120.000 hombres, pero abandonó tras 19 días de asedio por las imponentes murallas, la resistencia feroz de los asediados y las desfavorables condiciones climatológicas. Tres años después, en 1532, se dirigió hacia la ciudad, donde le esperaba el propio Carlos V al mando del ejército defensor. Sin embargo, a 100 km de distancia, en la localidad de Guns, la resistente guarnición allí apostada entretuvo al ejército otomano durante un mes, lo suficiente para que el invierno se echase sobre ellos y se viesan obligados, por tanto, a abortar la campaña. Las negociaciones diplomáticas condujeron a una tregua y al mantenimiento del status en la zona. Pero era un hecho que los turcos recibían ahora tributos de los príncipes cristianos Fernando de Habsburgo y Juan Zapolyai (nuevo monarca húngaro puesto por el propio sultán) y, sobre todo, que se habían plantado en las puertas de Viena y amenazaban a toda la cristiandad.

Pero en realidad, cobraría todavía más importancia el frente marítimo Mediterráneo en la pugna entre los turcos y la cristiandad. Barbarroja, con una gran audacia, experiencia marinera y competencia táctica, había protagonizado el importantísimo empuje de los turcos en el Mediterráneo occidental. En 1522, los caballeros de la Orden de San Juan deben abandonar, ante el avance

turco, la isla de Rodas y se establecen, gracias a la iniciativa de Carlos V, en la semidesierta de Malta. Después de varias incursiones, Barbarroja consigue conquistar Túnez en 1534, amenazando al propio sur de Italia, pero, un año más tarde, es recuperado por las armas de Carlos V una vez que se tomó La Goleta, el puerto fortificado de la ciudad. Sin embargo, los turcos van a conservar dos bases importantísimas además de Argel: el Peñón y Djerba.

En 1538 los turcos y los berberiscos se enfrentan contra los venecianos y otras tropas cristianas en el golfo de Arta, y les imponen su retirada dos años más tarde del archipiélago del Egeo y de Morea. A pesar de los esfuerzos de Carlos V por tomar la importantísima base de Argel en 1541, la empresa se saldaría con una desastrosa retirada. Los años siguientes, con el recurrente apoyo francés, los turcos seguirán enseñoreándose de esos mares pese a la muerte de Barbarroja en 1546. El corsario Dragut, también diestro marino y soldado, conquista Trípoli en 1551 y, posteriormente, el Peñón de los Vélez (1554) y Bujía (1555).

Durante el gobierno de Selim II (1566-1574), de menor talla que su padre Solimán como hombre de Estado, el imperio mantuvo, no obstante, su esplendor territorial y organizativo. En parte gracias a los buenos oficios del jenízaro Sokollu Mehmed Pacha, de alta talla política y que había escalado todos los grados de la jerarquía militar y civil, quien dirigía realmente los asuntos del Imperio.



Corte de Selim II. (Imagen facilitada por el autor)



El soberano, Selim II, con un régimen de gobierno orientado especialmente hacia el pragmatismo, se consideraba, no solo uno de los más importantes entre los del mundo, sino también rey de reyes, monarca supremo y emperador. Y, de hecho, no reconocería nunca este último título al mismísimo Carlos V.

Las fuerzas otomanas fracasarán en el intento de tomar Malta en 1565, pero más tarde triunfaron en Chipre con un imponente ejército y una flota de 360 velas, arrebatando la isla a los venecianos; con lo que, junto a sus bases en el norte de África, se reforzaba su posición dominante en el Mediterráneo e infundía terror en los países europeos. No obstante, la conquista de Chipre en agosto de 1571 tuvo también un efecto no calculado, particularmente por el cruel asedio de Famagusta donde envalentonaron a las potencias cristianas por los excesos allí cometidos. Las masacres que hicieron sobre la población cristiana fueron un componente importante para el ardor con que combatieron los soldados de la Santa Liga en la batalla de Lepanto.

Por su parte, en el otro lado del Imperio, ya lejos de Europa, se había llevado a cabo también otra ambiciosa conquista, la de Mesopotamia e Iraq. Aquí destacó con sus dotes excepcionales militares el gran visir Ibrahim Pachá, seguramente el más capacitado de todos los grandes visires turcos.

Desde luego, la expansión había sido apabullante y, de hecho, aunque no estuviera escrito, ahora se esperaba de cada sultán otomano, para continuar la tradición, una conquista brillante. En el frente continental el empuje otomano pudo contenerse gracias a las tropas de apoyo de Carlos V. Pero en el marítimo, el Mediterráneo se iba a convertir en la segunda mitad del siglo XVI en un mar terriblemente inseguro, no solo por los ataques piráticos de los propios turcos, sino por los de sus aliados, los temibles reyezuelos de los puntos clave del norte de África, particularmente los de Argel. Aunque también hay que tener en cuenta que los cristianos se dedicaron con profusión semejante a la guerra en curso. De cualquier forma, una de sus pretensiones resume muy bien el evidente peligro para los reinos de la cristiandad. Los turcos se decían verdaderos enemigos del Imperio romano de Oriente y hasta del antiguo Imperio romano en su conjunto (algo que han subestimado los historiadores occidentales durante siglos). En esa tesitura, nadie sabía a dónde eran capaces de llegar. De momento, el tiempo de la víspera de Lepanto va a ser el de máximo apogeo del Imperio otomano. Negros nubarrones, desde luego, se vislumbraban para los cristianos sobre el azul horizonte mediterráneo...



Revelación a San Pío V de la victoria de la Santa Liga en Lepanto, anónimo. (Museo Naval de Madrid)